Viernes 3 am

La alarma sonó, hora de despertarse. Odiaba ese molesto ruido, encargado de anunciarle el final de sus preciadas horas de sueño, su único momento de paz. Otro día más, pensó. Sintió la pesadez de su cuerpo al querer levantarse, casi como una carga incómoda. Otro día más, idéntico a los anteriores. Levantarse, desayunar y vestirse. Pasar largas horas en su casa vacía, haciendo nada interesante. De vez en cuando sus nietos o hijos lo visitaban. Los viernes tenía fisioterapia, al menos una actividad diferente. Luego, llegada la tardecita, tomaría un baño caliente con el fin de relajarse (en el fondo, nunca logró tal propósito), cenaría mientras les echa un vistazo a las últimas noticias del informativo y, finalmente, a dormir. Claro que en casi todo debía auxiliarlo María, su cuidadora (bah, la que sus hijos contrataron). Le costaba avanzar por sí solo, a pesar de su voluntad y deseo. Ni siquiera podía mantenerse despierto lo suficiente como para entablar una conversación decente con ella. Se cansaba muy rápido. Aparte de María, a lo largo del día eran él y la soledad. Siempre igual. Muchos dicen que la rutina es la más fiel aliada para superar los dolores del alma. No podía estar en mayor desacuerdo. Si tanto ayuda, ¿Por qué seguía atormentado, si hace años el día tras día giraba solo en función de la rutina? Su vida se convirtió en algo cíclico, predecible y repetitivo.

No notó cuánto tiempo estuvo ensimismado en sus pensamientos. Solía sucederle a menudo. Pasar largos períodos (nunca supo exactamente si se trataba de horas, minutos o segundos) extraviado dentro de las rutas interminables de su cabeza. Debía levantarse, pese a que sus deseos fueran contrarios. No podía dormir todo el día. Hoy era viernes, otra sesión de fisioterapia. Para su suerte era la fisioterapeuta quien concurría a su domicilio. Desde luego que esa malhumorada mujer no le perdonaría ni un solo minuto de espera, más allá de su buen desempeño como paciente (además de su evidente condición de discapacidad). Le pareció gracioso e irónico a la vez: un error es lo suficientemente condenable y capaz de eliminar éxitos anteriores. Incongruencias de la vida misma, o quizá del propio ser humano.

Miró rápido su reloj de pulsera mientras se dirigía al baño (si no se lavaba la cara con agua bastante fría, no podría enfrentar el día). Marcaba las 3 de la madrugada. Al darse cuenta que faltaban cinco horas para el verdadero comienzo de su cotidianeidad, largó un suspiro. Qué frustración imaginar el tiempo que podría haber aprovechado arropado en su cama, durmiendo. Su único momento de paz. No comprendía porque su alarma sonó a esa hora tan temprana e indeseable. Tampoco es que disfrutara de escuchar ese sonido cada mañana, pero decidió que era la única forma efectiva para levantarse. De cualquier modo, ya no podría volver a conciliar el sueño.

No tuvo mejor idea que mirar algo en la televisión. ¿Qué mejor forma para matar el rato? Alguna comedia romántica sin sentido que lo ayudara a esquivar los típicos pensamientos destructivos. Con el tiempo le tomó cariño a ese tipo de producciones. Eran perfectas para quien evitara pensar. Mas aún si las acompañaba con algún vaso de whisky o vino, bebidas eternas que guardaba en un viejo mueble desde su adultez. Sabía que vivir en tal estado de consumo excesivo era dañino. Sabía que ese placer era instantáneo, superficial. Así como

cuando uno busca curar una herida solo colocándole un parche. Continúa abierta. De todas formas, no le importaba. ¿Cómo resistiría él sin la ayuda de esas películas sin sentido acompañadas de tragos interminables?

La película corría, pero ya no prestaba atención. No estaba ahí. De nuevo se vio perdido entre sus pensamientos, sus memorias de aquella vida pasada. Se divisó a sí mismo en su bicicleta o caminando, solo o en compañía. Admirando el paisaje, con el sol pegándole en su frente y sintiendo el aire entrar a sus pulmones inflados de felicidad y vida. Se imaginó a sí mismo en la playa explorando el mar. ¡Cómo extrañaba el mar! Incluso recordó la noche que conoció a su difunta amada. Los dos bailando la madrugada entera al ritmo de clásicos como los Beatles o los Rolling Stones. Cuanto la extrañaba, y cuanto extrañaba dichas épocas. Añoraba esa sensación de libertad e independencia. La ciudad, su actual casa parecían ser, en contraste, la metáfora de una cárcel. Su cárcel. Gris, amarga y sin gracia. Por momentos se preguntaba el rumbo de su presente si existiera una máquina que detuviera el tiempo y lo dejara varado eternamente en su juventud gloriosa. Envidiaba a Marty Mcfly. Era incluso divertido para él vislumbrar tal utópica posibilidad, con único acceso a través de la imaginación. Ese penoso ejercicio del recuerdo le hacía bien tanto como mal. Le hacía odiar su ahora, tanto como querer y anhelar un ideal inalcanzable.

No se consideraba una persona religiosa. Sí lo fue en un principio, pero con el paso del tiempo su fe se fue desgastando a la par de su alma. Sin embargo, en ocasiones le gustaba conversar con Dios (o quien habitara allá arriba). Era una forma de estar acompañado. La soledad podía ser dolorosa a veces. Durante sus conversaciones exponía dudas e inquietudes, incapaz de admitirlas en voz alta. ¿Valía la pena continuar así? ¿Qué quedaba entonces? ¿Solo tormento? Ya no se sentía útil. Todo lo contrario. Verse al espejo significaba observar el reflejo de la inutilidad, de lo innecesario. Pensar que en otra época salía, disfrutaba, vivía. Portador de una libertad e independencia envidiable, que a los ojos de todos nadie podría quitar. Véalo ahora, indefenso y dependiente de un otro siempre presente. Le dificultaba moverse por sí solo, debía tomar medicaciones a cada hora y sufría constantes dolores imposibles de calmar. Odiaba estar encerrado entre cuatro paredes. Odiaba esa solitaria prisión, el rumbo monótono que tomó su vida.

Le dolía el pecho, ya estaba hecho un mar de lágrimas. Esto ya no era vida para él. Anhelaba salir, caminar, disfrutar de aquella libertad que tanta falta le hacía. En cambio, estaba allí, víctima del quehacer diario.

Una parte del él quería aferrarse a la vida. Tenía razones, o así lo creía. Sus hijos y nietos, los pocos amigos que todavía vivían, María. En cambio, su interior, esa voz que opinaba sin permiso y a la que (con mal resultado) buscaba ignorar, le decía que se dejara ir. Que dimitiera la batalla. Caer en la tentación de lo más desconocido pero certero de la existencia humana: la muerte. Se encontraba al interior del limbo, la decisión entre vida o muerte. Inmóvil en medio de tal violenta dicotomía entre el existir y el desaparecer.

Sin pensarlo llevó el caño a su cien. Aquel caño que tenía guardado en caso de emergencias. Tal vez se trataba de eso: una emergencia. Más bien una tragedia

shakespeariana, similar a una reversión de Otelo. Carcajeó ante sus ocurrencias. Él y su tendencia a bromear en momentos delicados. Apretó las muelas. Su mano temblaba, todo su cuerpo lo hacía. ¿Apretar o no el gatillo? ¿Vivir o morir? Cerró los ojos y divisó el mar tan estruendoso y hermoso. Sonrió melancólico. Pasó un tiempo desde su última visita. Sabía que no debía dejarse arrastrar por las olas del pasado, sin embargo, cada vez lo empujaban con mayor fuerza a las profundidades. A la oscuridad. Estaba cansado de luchar. No opuso más resistencia en detenerlas. Se dejó arrastrar. Se dejó caer en la tentación.

En su cabeza resonó la canción que tanto le gustaba escuchar durante su juventud. Ese último verso:

“Siempre igual, los que no pueden más se van”

¡Bang! El ruido del disparo se combinó grotescamente con unas risas de la película, que aún permanecía en curso frente al cadáver.

Matilde